

Alquitara Española de la Filosofía

Por DOMINGO MARRERO NAVARRO

"Y CONOCERÉIS la Verdad y la Verdad os hará libres." Hacía la libertad por los caminos de la filosofía. El hijo de la preocupación y de la inseguridad, audaz aventurero, el angustiado amante de la verdad —el filósofo—, es sólo peregrino hacia la verdad... Peregrinaje hecho más difícil en estos tiempos de crisis históricas, a las que, nos advierte la Zambrano, tendrá que referirse a menudo en sus conferencias.*

El estoicismo es una filosofía de tiempos de crisis. Es filosofía de tiempos como estos que vivimos. Tiempos de crisis, de inseguridad y de agonía, gravidos de responsabilidad como aquellos que dieron razón de ser al estoicismo, razón que se eleva por encima de particularizaciones y cobra estirpe de universalidad. El estoicismo es una filosofía para estos tiempos. Es una ética ante el dolor. Es razón imponderable e imasible. No participa del carácter revolucionario de casi toda filosofía. No va cargada de ansias por rehacer el mundo. Va encaminada a proteger la integridad de la vida interior —especie de filosofía a la defensiva— al embate de los tiempos de crisis.

Hablar de Séneca es hablar del estoicismo español. Hablar de estoicismo español es hablar de la filosofía de Occidente. La parábola se va dilatando. Hablar de Séneca nos obliga a hablar de filosofía. En próximas conferencias definiremos el senequismo por lo que es. Esto no bastaría. Por eso intentamos definirlo hoy por lo que no es. Quizá por lo que no podría ser. Nos urge referir el estoicismo a sus circunstancias. Emplazarlo en campo de más amplias determi-

naciones. Hablar de Séneca nos obliga a hablar previamente de la esencia de la filosofía. Se plantea aquí la Zambrano el mismo problema que se planteaba Ortega hace años ante una juventud ávida de secretos:—¿Qué es filosofía? ¿Qué es el ser filosófico? ¿Cómo se realiza el tránsito de hombre a filósofo? ¿Cómo es por dentro un filósofo?

Como a los pensadores de hoy a María Zambrano le interesa la razón de ser de la filosofía. Los hombres que hicieran ayer la fenomenología de ese animal raro: el filósofo, le entran a la filosofía con el ánimo del desvelamiento. Aclara de paso la conferenciante sus términos. El objeto de la filosofía es la vida. Vivir es un fluir en el tiempo. Es la razón la que capta este fluir. Se acerca aquí, aunque sólo de soslayo, al tema de los dos tiempos. *Tiempo existencial* y *tiempo histórico*. Hay un tiempo real y un tiempo histórico. Bergson lo ha examinado. Heidegger y Ortega también. La esencial historicidad de la existencia es sólo expresión y consecuencia de su temporalidad. Hacemos historia porque fluye la vida, y con lo que de ella fluye. Cuando ese tiempo vivido se ordena según razón, según ansia, o según esperanza, utiliza un criterio de selección y jerarquización. Para hacer la historia escogemos de la totalidad del flujo de lo vivido aquellos datos que juzgamos importantes. Con ellos hacemos el otro tiempo, el tiempo histórico, que es un tiempo según razón.

Este sentido de importancia unido al ansia de saber radical y post-trimero le recuerda a la Zambrano la determinación clásica del saber filosófico como "*saber de lo que más importa*".

Existe una diferencia fundamental entre la filosofía clásica y

la filosofía actual. Thales iba a la filosofía preguntándose *¿Qué son las cosas?* La pregunta pivotal de hoy es: *¿Qué es mi vida?* Heidegger, el existencialista alemán, se pregunta con nuestro tiempo *¿Qué es mi existencia?* En nuestros días la filosofía crece alma adentro, orientada hacia el fluir de la intimidad, hacia el centro de la personalidad. La esencia de la personalidad es radical problematización. Urgencia de camino. Frente a la radical problematización de la existencia personal la filosofía es eso: camino.

Los cinco caminos

Ha habido cinco caminos. Esto es, cinco actitudes ante el problema filosófico.

(1) El camino de Platón y Aristóteles—el de la Admiración.

(2) El de Sócrates—"sólo sé que no sé nada", y nos dice la Zambrano que Machado al oír esto añadía con gracia "y aún de esto no estoy muy seguro".

(3) La duda cartesiana.

(4) El camino de la angustia: Kierkegaard y Heidegger.

(5) Ortega: el de naufragio, el sentirse perdido.

En una cosa coinciden estas diversas posturas: cuando un hombre pasa a ser filósofo cesa de estar seguro frente al mundo y ante sí mismo. La raíz de la filosofía está en el sentido de fracaso, de dolor, en la sensación de inseguridad que sentimos al darnos cuenta del mundo y de nuestra insuficiencia. Su ejercicio está en lo que hacemos después que nos damos cuenta de nuestra inseguridad. Platón, Santo Tomás, y con ellos Ortega, llaman al hombre de ciencia *venator*: cazador, que entonces era también filósofo. Nos decía la conferenciante que filosofía es algo que viene después—"después de reflexión. Después de nueva pos-

* Crónica de una conferencia dictada por María Zambrano durante su reciente visita a Puerto Rico. En Río Piedras. Envió del autor.

tura. Esto no debe interpretarse en sentido triunfante. La filosofía es militante, no triunfante. Es la caza y no la pieza que cazamos lo característico de la filosofía. La diferencia entre el científico y el filósofo es que el hombre de ciencia se regodea en su conquista, la desmenuza, la asegura, mientras que para el filósofo cada pieza segura es lugar de partida para nueva conquista. Es ansia y aventura frente a lo inseguro y problemático.

Filosofía, religión y poesía

Frente a esa invitación a la hazaña en la insegura soledad, esfuerzo monte arriba, la poesía es óleo suave, gracioso —esto es, lleno de gracia—, que desciende sobre nosotros. Es salvación. Así la religión, sólo que más dinámica, busca a la filosofía, para intentar hacer creencia donde hay naufragio.

La filosofía busca seguridad: la salvación. La religión la tiene. Cuando Parménides *postula* la unidad del ser más allá de la diversidad es porque necesita asidero a lo permanente, lo seguro. Busca el ser porque el ser es por definición lo que es idéntico a sí mismo, inmutable, permanente. Es el imperativo de seguridad latente en el ímpetu filosófico.

La contemplación de la paradoja y la conciencia de la problematización de la vida producen asombro, inquietud y angustia. Asombro ante una cosa que aparece siendo y no siendo al mismo tiempo. Inquietud por descubrir la incógnita que resuelve el problema. Angustia al hallarse naufragio ante el problema. El esfuerzo de desvelamiento que los griegos llamaron "*Aletheia*" es movimiento de auto-liberación.

El religioso ya está libre. Tiene refugio apacible: su creencia. Tiene cosmos ordenado, sin el problema radical. Un religioso hace sólo auténtica filosofía en los predios de inseguridad íntima. Es el momento de la duda, que salvará

para otros nuevo refugio y escondero a costa de su angustia.

La filosofía nace en Grecia. De Israel es el genio religioso. "Yo soy el que soy" dice Jehová en las Zarzas del Horeb —Inmutable, Seguro. Es el Ser. Luz más allá de las sombras y de las paradojas. La Biblia no se preocupa por el ser y las cosas. Los tiene ya redimidos.

El griego lucha con la diversidad porque le falta el ser y desde el atalaya de las cosas lanza su vanguardia al trasmundo. Armas: la razón.

Ambas culturas tiene dos maneras de ver la vida—una racional, filosófica. La otra global y personal, orientada al ser ético.

¿Por qué les es dado a algunos creer y a otros dudar? "Creo porque es absurdo", decía Tertuliano. Credo gracioso que no es dado a todo el que lo quiere. ¿Problema de la gracia? De todos modos la seguridad religiosa —la fe— es don gratuito. Quizá en una más amplia economía en las cosas del espíritu ambas actitudes son también graciosas. Pero ¡ay del que ha sido bendito con la angustia y con la soledad!

Cultura analfabeta

Caminando por campos del solar español, en la península y en América, escuchamos, dichas por el pueblo, palabras de sabor ático, que parecen salir de los labios de Sócrates o de los hombres del "Stoa". El secreto y el puente radican en un nombre: Séneca.

Cuando la Zambrano hace dos bellas ilustraciones—el campesino que consuela al padre adolorido por la muerte de su hijito con las palabras: "calma y alma"; y la del guajiro cubano que dice "soy estonco, porque me hacen daño y no me duele", nos parece estar escuchando la palabra magistral de don Fernando de los Ríos, cuando nos relataba la emoción de Cherterton al decir en campos de Castilla: "Pero, señor, ¡qué cultos son estos analfabetos castellanos!"

El estoicismo nos ofrece el caso insólito de una filosofía que desciende a la masa. Quizá sea la clave para resolver la problemática de la filosofía, y una luz sobre la falsa acusación de penuria que pesa sobre el pensamiento filosófico español.

La Encarnación o la filosofía española

Hay un dogma cristiano que muchas veces perdemos de vista al particularizarlo. Es el dogma de la Encarnación. El evangelio según San Juan dice: "Y el Verbo se hizo carne, y vimos su gloria, gloria como la del Unigénito del Padre, llena de gracia y de verdad". Cuando María Zambrano nos va diciendo el secreto estoico hemos pensado en el dogma y en el Evangelio. El milagro de la encarnación se da en el Evangelio y se da en nuestra vida. La única verdad capaz de conmovernos y de redimirnos es la verdad que se hace carne, que se hace vida, en la vida de los hombres. Respetamos al hombre que sabe pensar pero más respetamos al hombre que sabe vivir, el hombre en cuya vida el verbo se hace carne: amor, servicio, vida.

Eso he pensado al escuchar las palabras de María Zambrano: "En el estoicismo como en el cristianismo el logos se hace carne". Se hace misericordia y comprensión. Casi se hace una religión: una religión de la razón.

Cuando así hablaba María, toma, inadvertidamente una margarita del jarrón, y sigue diciendo filosofía, filosofía ética, española, viva. Nunca, quizá, ha hablado la filosofía con más gracia femenina.

Está hablando de Platón. Nos vuelve a contar la parábola de la caverna. Sombras y arquetipos desfilan ante nosotros. Hombres que no pueden ver clara luz de sol porque se lo impiden las sombras. El hombre viendo por espejo en obscuridad como lo interpretará San Pablo. El prisionero es asesinado y arrojado sobre las cosas.

Es la violencia en el origen de la filosofía. Platón que escribe el mito de la caverna—todo un tratado de mística y ascética—escribe también "Las Leyes". Es que toda filosofía lleva en su seno un imperativo de obligatoriedad. Un intento profético de rehacer el mundo. Tiene carácter revolucionario y afán totalitario. Engendra violencia. Tiene como supuesto el idealismo. Eso redime al filósofo.

Frente a esta filosofía absolutista, dinámica, revolucionaria, —limitada— claro está, como toda filosofía que pretende reducir la vida a esquema conceptual, aparece otra filosofía enderezada a fortalecer el espíritu para resistir, si es que puede, el impacto de la crisis. Una manera de esta última es el estoicismo. Sin la compensación del revolucionario que reconstruye el mundo según su pensar y luego lucha y muere por él, el estoicismo, lucha sin esperanza, embridando la vida con la razón. Es filosofía de suicidio lento. Al amputar la emoción para ganar impassibilidad el estoico va matando lentamente la vida. Es el suicidio del que rehusa ver toda otra perspectiva que no sea la de la razón. No extraña pues la justificación del suicidio entre los estoicos. Pero el estoico, sin embargo, no se suicida ante la nada, como el cínico, se suicida ante un orden y para que subsista algo todavía. Se suicida para no interrumpir con su finitud la armonía del cantar de las esferas.

Adrede y aparte ha dejado ella la filosofía del amor de más alto rango —*amor intellectualis Dei*— amor intelectual que Dios se tiene a sí mismo, en donde vivimos, nos movemos y somos. En el pensador de la ética se escucha aún un leve eco del suicidio estoico. Es el suicidio del que se amputa su propio pueblo para encontrarle mejor en el espíritu. El suicidio del que abandona el seguro refugio del Horeb para buscar, más allá de los escollos, la unidad del ser que se rinde al más alto amor.